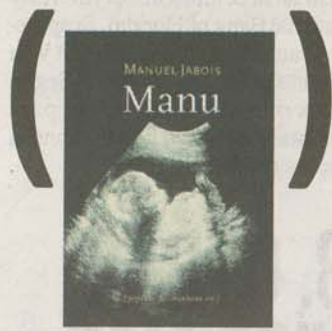


(PRE) PUBLICACIÓN



EL VIAJE SIN RETORNO DE MANU

El columnista Manuel Jabois relata en su nuevo libro el último año de su vida a modo de dietario: el periodismo, sus primeros encuentros con Madrid y el viaje sin retorno de la paternidad

Un año y medio antes las cosas eran distintas. Vivía solo. Pasaba tiempo en la terraza yendo descalzo de una esquina a otra con cigarrillos entre los dedos que se difuminaban con el viento; al querer llevarlos a la boca ya sólo quedaba un filtro aplastado, pues los apretaba como si fuesen tornillos. Luego me balanceaba un poco, me recogía en el salón temblando de frío y me dedicaba a observar la luna, que cuando estaba llena entraba por las ventanas como la lechera en casa de mis abuelos, con el mismo sigilo y esplendor que los Reyes Magos.

Había cumplido 32 años y debía estar en lo más alto de mi profesión —fuese ésta cual fuese— y pasar las horas escribiendo; sin embargo los últimos meses los había dedicado al fatigado esfuerzo de demoler mi vida, empezando por un divorcio doloroso y siguiendo por una mudanza a casa de mis padres. Durante meses me había despertado en la misma cama en la que me despertaba cuando tenía seis años, así que pensar que mi vida había ido para atrás no era, por fin, ninguna metáfora. Abría los ojos y me encontraba el mismo paisaje: mi puerta arrimada y al fondo la luz del cuarto de mis padres, la radio de fondo en la cocina, el sonido de la puerta y la cerradura. Mi padre echando la cadena por fuera, como si un señor mayor pudiese venir a secuestrarme. Luego la casa en silencio.

A los 19 años, cuando ellos se marchaban, yo me levantaba para llevar allí mi propia disciplina: pa-

searme en pijama como un indígena que siguiere el rastro de blancos y bailar *Smooth Criminal* delante del espejo del pasillo con un sombrero de gangster; leer a Dostoievski; ver programas matinales y masturbarme con las azafatas, que no recuerdo si aún eran las chicas Hermida o Maxim Huerta; jugar al ordenador; dormir durante una o dos horas al extremo feliz de colgarme baba. Al volver mis padres del trabajo me preguntaban qué tal en la universidad y les contestaba que bien, que Filología era mi carrera y mi destino era ser catedrático de algo. Hablaba con pomposidad y latinajos, un poco afectado, y se medio asustaban porque no sabían si tenían un hijo homosexual o retrasado. Pero aunque los empecé todos, sólo llegué a acabar un libro de Dostoievski y no lo debí de leer bien porque hasta hace poco andaba por ahí contando que los hermanos Karamazov eran dos.

Media vida después las cosas se habían puesto más difíciles. Mis padres me escuchaban gimotear por la casa como un bandolero herido. Había comprado una conexión a internet que no me cargaba ni el correo y una tarde acabé despedazando el USB con la boca, masticándolo por la calle hasta llegar a la tienda y escupirlo allí como si fuese el fémur del hijo de la dependienta. Volví discretamente al alcohol, a retirarme de los bares de mañana colgado de mujeres indescriptibles o peor aún, perfectamente descriptibles, y el hecho de acostarme con ellas en cama de mis padres suponía un arpon a mi autoestima; una mañana una de ellas abrió los ojos, echó un vistazo a las paredes y dijo: «Me gustan tus ce-

nefas, son muy naif». Y entonces la mujer, que tenía 40 años, siguió con la mirada la habitación, los marcos de las fotos, las fotos mismas, y hasta el bordado de la coqueta, y me miró como si fuese Norman Bates. Hice las maletas y me fui antes de montar enfrente de la habitación de mis padres un motel con vistas.

Ahora tenía terraza y un salón grande, entendiendo grande en el concepto de la clase media baja. Todo aquello me recordaba a la primera vez que me fui de casa, cuando a los pocos meses, después de una sucesión de grandes fiestas en mi ático nuevo, me levanté de una cama llena de gente y me fui al sofá a beber lo poco que quedaba del vino de la noche anterior: pensé en mi vida y en mi juventud, en el extraño y magnético futuro que visualizaba como presente, y recordé nombres de chicas, de nuevos amigos, tardes enteras de playa y salidas nocturnas. Me había convertido en un famoso escritor, ni siquiera había cumplido 21 años y tenía más pelo del que nunca tendría en la vida. En mitad del éxtasis empecé a barruntar la administración de la gloria, y cuando quise levantarme del sofá para ir al baño no fui capaz: me temblaban las piernas y tenía la frente sudada.

Descubrí, de golpe, que no había escrito una sola línea.

Vomitó allí mismo.

Diez años más tarde volvía del periódico, engordaba discretamente y pasaba las horas delante de la consola jugando al Pro Evolution Soccer, como hacía durante mi matrimonio pero sin nadie ya de quien divorciarme. Yo me había hecho unos planes lentos, un esquema privado y sencí-

llo de mi propia vida según la cual entre los 20 y los 30 la prioridad era la diversión; entre los 30 y los 40 había que trabajar todas las horas del mundo para hacerse un nombre; entre los 40 y los 50 podía uno disfrutar gracias al esfuerzo de bienes materiales, como una casa, una mujer joven y un hijo rubio como Guti; entre los 50 y los 60, varios marcapasos, un divorcio y dormir en la habitación de mis padres, escuchándolos de mañana ir a trabajar después de la jubilación para mantenerme, y yo partiéndome la rodilla en un mal paso de Michael Jackson.

Aquellos planes se habían roto pronto, pues tampoco me divertí tanto a los 20 años y no contaba con enamorarme cerca de los 30 —en realidad no había contado nunca con enamorarme; fue un fallo masivo del sistema nervioso—, pero lo que más daño me hacía era no haber escrito. Necesitaba una novela o un hijo, y era tanta mi pereza delante del ordenador que me puse a foliar [...]

Yo sabía, por lo demás, que ese ambiente de mujer embarazada a la que se le empieza a notar la tripa exigía algún acto heroico por mi parte, pero me limitaba a echar las horas en la consola delante del juego de fútbol. Demasiada normalidad, demasiada paz, demasiado amor. Yo tendría que haber estado escribiendo furiosamente sobre el teclado, azotándolo como un piano, mientras Ana gritaba entre lágrimas en el quicio de la puerta sujetándose la enorme barriga y diciendo que no le hacía caso, y al cabo de un año tener publicada una novela de esas que

fundan una generación además de un solitario bebé.

Probablemente haya sido el primer trágico error en la vida de mi chico; el mismo que cometieron mis padres conmigo. Yo nunca podré ser una celebridad de nada porque mis padres me dieron una infancia placida y feliz, sin caprichos pero sin necesidades, tan vulgar que da espanto recordarla. Yo quise ser escritor pronto, y sabía que aquello exigía un suicidio por parte de alguno de ellos, un alcoholismo, malos tratos o entradas y salidas a un centro de rehabilitación. ¡Ni para divorciarse tuvieron huevos! Fueron tan espantosamente normales que mi madre dejó sus estudios para criarme, y envuelto en su amor permanezco yo creo que hasta ahora; mi padre volvía del trabajo con el periódico, como un tío Quintín, y yo se lo quitaba para leerlo tirado en la alfombra del recibidor. Cuando nació mi hermana, en lugar de celos entre niños o tensiones de adultos por carga de trabajo, lo que hubo fue una explosión de felicidad.

Con esa infancia yo no iba a ir a ninguna parte como escritor, como actor de leyenda o incluso como Tennessee Williams, y aunque concentré parte de mis esfuerzos adolescentes en ser homosexual, a ver si así salvaba algo, todo resultó infructuoso y me dirigí impávido hacia mi destino de filólogo, que era la peor palabra que se me ocurría. A veces discutía en el salón, yo contemplaba la escena y al final saltaba, de pura impotencia: «¡Pero pegaos! ¡Daos unas bofetadas y luego invitadme a porros, que los tengo guardados en la habitación!».

¿A dónde iba con esa familia? De ocurrírseme publicar un libro, ¿qué contaría a los periodistas? Sin traumas que superar, sin dolores que olvidar, sin venganzas contra el mundo que ofrecer en mi obra, ¿qué iba a hacer yo? Muchas noches me imaginaba con James Ellroy frente a David Letterman; Ellroy contaba con naturalidad, como una cosa que le pasó antes de llegar al plató, que su padre mató a su madre y la enterró no sé dónde. ¿De qué hablaba yo después? ¿Del Loro Park?

> «Manu», de Manuel Jabois, ya está a la venta (Editorial Pepitas de Calabaza)



CON EL MUNDO

«Los últimos meses los había dedicado al fatigado esfuerzo de demoler mi vida», escribe.



«CON MI INFANCIA PLÁCIDA Y FELIZ, YO NO
IBA A IR A NINGUNA PARTE COMO ESCRITOR»

«DESCUBRÍ, DE GOLPE, QUE NO HABÍA ESCRITO
UNA SOLA LÍNEA... VOMITÉ ALLÍ MISMO»